

Los números de la Fe

~ RAFAEL AYERBE ~



.nowevolution.
EDITORIAL

Título: **Los números de la fe**

© 2014 Rafael Ayerbe Algaba

© Diseño Gráfico: nouTy

Colección: **Volution.**

Primera Edición Septiembre 2014

Derechos exclusivos de la edición.

© **nowevolution** 2014

ISBN: 978-84-94 2848-6-1

Depósito Legal: GU-85-2014

Esta obra no podrá ser reproducida, ni total ni parcialmente en ningún medio o soporte, ya sea impreso o digital, sin la expresa notificación por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Más información:

www.nowevolution.net / **Web**

info@nowevolution.net / **Correo**

nowevolution.blogspot.com / **Blog**

[@nowevolution](https://twitter.com/nowevolution) / **Twitter**

[nowevolutioned](https://www.facebook.com/nowevolutioned) / **Facebook**

*A mis padres y hermanos. A mi familia.
A esos buenos amigos.*

«En tres partes se divide el alma humana: en mente, en sabiduría y en ira.»

«Entre dos hombres iguales en fuerzas, el más fuerte es el que tiene la razón.»

Pitágoras de Samos (582 a . C. – 496 a. C.)

Nota del autor:

Robar o prestar tiempo está muy caro. Y a un desconocido aún más. Por eso esta historia, y por los mismos motivos su extensión. En este mundo de tecnología y «no parar» en el que intentamos habitar, no pretendo quitaros algo tanpreciado como es el tiempo, sino que lo invirtáis en leer esta novela, esperando que os resulte amena y entretenida. Esta es la intención más directa de *Los números de la fe*, mi ópera prima.

Es una obra de ficción, todo lo que en el libro se desarrolla, salvo lugares y personajes históricos, es fruto de la imaginación del autor, siendo una mera coincidencia cualquier similitud a la realidad.

Introducción

Sevilla, 12 de Julio de 1998

Era domingo. El sol asomaba entre las estrechas hileras de las persianas. La temperatura en aquella habitación comenzaba a ser testigo de un cálido día de verano. La noche no parecía haber sido un aliado del viento. Las sábanas en el suelo delataron una intensa lucha por conseguir conciliar el sueño. Cuando aún peleaba por conquistar algunos minutos de descanso, el aporreo de la puerta le resultó ensordecedor:

—¡Cristóbal! Como sabrás, la pereza es un pecado capital —le replicaba su madre—. ¡Anda, levanta, que ya vas tarde a tu ordenación!

Aquel día no iba a ser como cualquier otro para Cristóbal. Sería diferente, pues le abría la puerta de un camino que él mismo había escogido seguir. Una vida llena de privaciones pero a la vez doblemente gratificante. Desde hacía un par de años, cuando cumplió los dieciocho, Cristóbal se formaba para ordenarse sacerdote. Tanto sus padres como sus amigos conocían la forma de ser tan especial que tenía. Cristóbal era un chico humilde, trabajador y tranquilo, que rara vez disfrutaba de las aficiones de sus más allegados. Entre sus gustos más acentuados estaban la música clásica, el ajedrez y las matemáticas. Vivía en un piso, junto a sus padres, ubicado en un edificio en la avenida de la Borbolla, en Sevilla. Disfrutaba de una vida acomodada, económicamente estable. La decisión de «hacerse cura», así lo llamaban sus amigos, la tomó después de compartir varias vivencias solidarias junto a una orden

conocida como *Testigos de la Cruz*. Era con este mismo grupo religioso con el que se ordenaba sacerdote, pues admiraba de ellos la libertad con la que trataban la formación clerical de los seminaristas, además de su clara vocación misionera y fuertemente religiosa.

—Cristóbal, en tus dos años de formación sacerdotal, puedes seguir viviendo junto a tus padres —le decía Gabriel, instructor de la orden— si así lo prefieres.

—Pues sí, Gabriel. Así tendré a mis padres algo menos preocupados —se justificaba mientras daba síntomas de claro desahogo.

El hecho de poder residir en su casa había calmado la incertidumbre de sus padres o, por lo menos, había aplazado la sensación de pérdida emocional que les suponía pensar en la marcha de su hijo. Sin embargo, a lo largo de aquellos dos años, la asimilación acabó por gobernar el sentimiento de ambos.

—Queremos lo mejor para ti —le decía su padre, a la vez que su madre lo miraba con ojos que verificaban aquel comentario—. Estamos seguros de que tu bondad será el regalo para muchos necesitados.

—Gracias de verdad, papá —respondía a modo de agradecimiento—. Sin vuestro consentimiento, todo hubiera sido mucho más difícil.

Pasaron los días durante dos largos años. Días duros en los que Cristóbal estudiaba teología y otros en los que la gratitud de solidaridad rebosaba su estado de ánimo. Estaba convencido de haber escogido el papel que, como él decía, le había otorgado el Señor. Aquel 12 de julio, Cristóbal se ordenó como sacerdote de los Testigos de la Cruz.



Sevilla, 18 de septiembre de 1999.

Antigua Audiencia, sede de los Testigos de la Cruz.

Hacía poco más de un año que el sacerdote Cristóbal convivía junto a sus hermanos de orden. Lo hacían en la Antigua Audiencia, un palacio ubicado en la plaza San Francisco, en el casco antiguo de la ciudad. Se trataba de un edificio histórico de ámbito renacentista, anteriormente conocido como Antigua Chancillería, fundada en 1553 bajo el reinado de los Reyes Católicos. De la arquitectura destacaba su elegante patio central y la galería de arcos que lo circundaban. Estaba declarado como bien de interés cultural. Aquella residencia había generado una ola de rumores acerca de la cómoda situación económica de los Testigos de la Cruz, puesto que estos habían llegado años atrás a un acuerdo con la entidad financiera Caja San Fernando, cuya sede residía en aquel palacio. Mucha gente, la mayoría implicada en la economía de la ciudad, pensaba que la congregación religiosa no era más que una cortina de solidaridad de la caja de ahorros, con la finalidad de generar un consenso de buen ver en la masa social de la ciudad.

Sin embargo, los Testigos, así se simplificaba su nombre, era una organización muy bien vista en el seno de los vecinos del centro de la ciudad. Sabían que se trataba de una corporación seria que dedicaba mucho esfuerzo y empeño en comedores sociales, dando cobijo a personas sin hogar y promocionando campañas de jóvenes con inquietudes religiosas.

Fue así como conocieron a Cristóbal; en una expedición cristiana a Roma para visitar el Vaticano y asistir a una plegaria del Papa Juan Pablo II.

Ahora ya cumplía más de un año junto a ellos, y era muy admirado por sus hermanos debido a su motivación y entrega.

—Necesitamos que acudas a La Campana —le dijo Abel—. Nos han llegado unas peticiones por parte de sus vecinos.

—¿Y eso? —preguntó Cristóbal.

—Demasiados vagabundos por la calle Sierpes.

—Claro, y la gente, como sabe de nuestra labor, pues llama y se desentienden de ellos. —A Cristóbal se le dibujó en su rostro una clara evidencia de cabreo.

—Entiendo tu indignación, pero debemos ir a ofrecerles un amparo digno. Es nuestra labor.

—Sí, lo haré. Pero me da pena que la gente se comporte así, ¡que no somos una empresa de recogida de perros! ¡Son personas! —pareció enfurecerse aún más.

—Por eso nosotros ayudamos. Porque lo necesitan, Cristóbal.

—Está bien. Mañana me pasaré por allí —comentó, mientras su cabreo se diluía hasta llegar a una calma conciliadora.

La hermandad estaba formada por dieciséis Testigos, de los que cuatro, entre ellos Cristóbal, eran los sacerdotes más jóvenes. Se dedicaban íntegramente a la labor social, lo cual, era normal, pues entraban con una fuerte vocación solidaria. Los otros doce Testigos formaban el Consejo de la Cruz. Esta posición se alcanzaba por unanimidad cuando los jóvenes sacerdotes cumplían los cinco años en la congregación. También pasaban a formar parte aquellos que, por sus buenos actos y entrega plena, eran considerados por Abel, el fundador de la orden.

Abel era un hombre de unos cincuenta años, pero su cabello blanco le daba aspecto de un anciano. Sus ojos sobresaltaban

por encima de unas bolsas que dibujaban las arrugas acordes a su edad. Pese a ello, presentaba una vitalidad difícil de alcanzar por sus otros hermanos.

La hermandad fue fundada en 1979, cuando Abel cumplió los treinta. Desde joven sintió la necesidad de congregarse con gente con sus mismas inquietudes. Fue duro el comienzo, ya que sus padres no entendían aquella irrevocable implicación con la baja sociedad. Querían que su hijo tuviera un prometedor futuro en el mundo de las finanzas, y que se relacionase con la gente de la clase alta que emergía en aquellos momentos.

Pero fue una dura infancia, marcada por las represiones del Régimen franquista, la que contribuyó decisivamente a que Abel se sintiera un hombre dedicado al pueblo.

Aquel día de septiembre fue diferente a otro cualquiera del mes: un calor incesante que agotaba hasta al mejor de los atletas. Sin embargo, la mañana se presentaba más fresca de lo habitual, y las gotas del rocío se reunían en los techos de los coches. Cristóbal se había levantado a las ocho de la mañana, con síntomas de haber tenido una noche descansada. Mientras desayunaba junto a algunos de sus hermanos de orden, lucía una sonrisa característica que le acompañaba durante las primeras horas del día. *Dentro de media hora debo estar en la calle Sierpes* pensó mientras se terminaba el último trozo de una pequeña tostada y daba un sorbo a un café con leche. Cuando terminó de desayunar, puso el plato y el vaso en el lavavajillas, cogió un chalequillo fino para las primeras horas, y se encaminó hacia la puerta en dirección adonde le había encomendado Abel el día anterior.

La calle Sierpes estaba a unos trescientos metros de la plaza San Francisco, por lo que el paseo a pie se hacía prácticamente inexistente. Aún así, caminar por el centro de la ciudad hispano era algo fabuloso para cualquier persona, ya fuera turista o de la ciudad, pues Sevilla presumía de uno de los cascos antiguos más bellos y grandes de toda Europa. Cristóbal mantenía,

todas las mañanas que salía de la orden, una agradable conversación con el dueño de una panadería cercana.

—¡Hombre! Mira quién viene por aquí —exclamó el panadero.

—Muy buenos días, Luis. ¿Qué tal se presenta la mañana?

—Como siempre, aquí liados con el trigo y los hornos —comentaba con un toque de humor—. ¿Adónde vas a estas horas, muchacho?

—A Sierpes, que últimamente hay muchas personas sin techo. Vamos a ver qué podemos hacer.

—Ah, pues mira —dijo, mientras sacaba media docena de barras de pan—, llévatelas, que seguro que les hacen más falta que a mí.

—Muchas gracias, Luis. Que Dios te lo pague —agradeció cuando ya se disponía a marcharse.

Algo le decía a Cristóbal que aquella mañana iba a ser dura y larga. Tratar con los vagabundos no era nada fácil. Estos siempre lo recibían con una amable invitación a que se marchase antes de abrir la boca. La simpatía únicamente no servía para tratar de convencer a personas que habían perdido la ilusión por vivir. Quizás con un poco de alimento, ya empezaban a dialogar. El mero hecho de intentar llegar a un pacto con ellos funcionaba, pues sabían que a cambio de hablar recibían parte del acuerdo, en este caso, una barra de pan recién sacada del horno.

Cristóbal ya se encontraba en Sierpes. Caminaba junto al gentío propio de las horas en las que se encontraba: personas que, a paso ligero, apuraban sus últimos minutos antes de entrar al trabajo, madres que acompañaban a sus hijos a colegios cercanos, incluso los primeros consumidores que buscaban desesperados en zapaterías y tiendas de ropa. Fue justamente a la entrada de una joyería, donde tropezó con un joven tumbado en un soportal junto a la entrada del comercio.

—¡Eh, tío! Ten más cuidado —exclamó sobresaltado el sin-techo—. Acabo de levantarme, y como ves, no ha sido muy cómodo dormir aquí.

—Perdone. No lo he visto. ¿Necesita usted algo? —preguntó Cristóbal, siempre después de haberse disculpado.

—¿Que si necesito algo? Si yo le contara... —Mientras hablaba, bebía a sorbos un zumo de supermercado—. Todos necesitamos algo.

—Pues entonces, déjeme ayudarle. Pertenezco a un grupo de sacerdotes que trata de ayudar a gente necesitada. Como usted.

—¿Como yo? ¿Y qué le hace pensar que yo soy un vagabundo? —preguntó exaltado— ¿Sabes qué necesito? Cuerdas para este cacharro —Sacó de entre unas sábanas una guitarra vieja, con claras muestras de haber sido manoseada cruelmente.

—Ah, perdona si te he molestado. Pensé...

—No piense usted tanto. No soy un drogadicto, ni un alcohólico. Solo soy un estudiante en apuros. Con esta guitarra me saco algunos ahorrillos para salir adelante. Mi nombre es Adrián Miralles, un humilde estudiante de Matemáticas.

—¡Vaya! Siento haberle ofendido. Yo soy Cristóbal. Encantado de conocerle —le dijo, mientras le estrechaba la mano—. Por cierto, bonita carrera la que estudias.

La conversación con ese joven dejó a Cristóbal algo desencajado. No comprendía cómo un estudiante universitario podía vivir, y al parecer voluntariamente, en esas condiciones. Aunque ese pensamiento le rondó por la cabeza durante toda la mañana, no le privó de hacer su tarea: repartió el pan entre todos aquellos que lo necesitaban, aconsejó comedores sociales a los que podían ir en busca de algo de comida, e incluso compró unos zapatos en un par de ocasiones a dos vagabundos que habían dormido descalzos durante toda la noche.

Desde muy joven, a Cristóbal le había impresionado el hecho de ver a personas durmiendo en la calle. Recordaba cuando pa-

seaba por las calles de la ciudad en épocas navideñas. Su padre le decía que aquella gente había tenido problemas con la bebida o las drogas. Pero ahora se daba cuenta que no siempre era así. Cuando dialogaba con alguno de ellos, muchos coincidían en haber tenido problemas con su familia. Otros llegaban a Sevilla del extranjero, en busca de una vida mejor, pero desafortunadamente se veían relegados al nomadismo para poder subsistir.

Cristóbal llegó algo cansado a la orden, pero con la conciencia tranquila de haber hecho todo lo que estaba en su mano. Ahora tocaba reponer fuerzas en un almuerzo junto a todos sus hermanos, salvo Abel, que se encontraba fuera debido a unos asuntos que últimamente le habían traído más problemas de lo habitual.

—¿Adónde se ha marchado? —preguntó Cristóbal, mientras probaba la primera cucharada de unas lentejas.

—Está en una reunión con un sacerdote de otra diócesis —respondió enseguida un testigo del consejo—. No sabemos nada más.

El almuerzo transcurrió con normalidad, quizás algo más silencioso de la cuenta. La incertidumbre acerca de dónde se encontraba Abel y el porqué, rondaba por la cabeza de los allí presentes. Después de haber recogido la mesa, Cristóbal fue hacia su cuarto en busca de un merecido descanso. Antes de dormir, siempre caía en una reflexión de lo que había vivido ese mismo día. Entre las preguntas retóricas que se hacía, en aquel instante destacaba una por encima de las demás: *¿por qué un joven estudiante vivía como un nómada? ¿De verdad era necesario solo para unos ahorros?* Aquellas interrogaciones fueron la antesala de un sueño profundo, que se interrumpió cuando se escuchó el portón del palacio cerrarse con una fuerza desmedida. Abel había llegado de la reunión, y por la fuerza de aquel portazo se intuía que venía con un enfado fuera de lo habitual.

Cristóbal encaminó las escaleras abajo para saber qué le sucedía. Cuando entró en la sala de reuniones, Abel se encontraba hablando airadamente junto a miembros del consejo.

—Perdona, Abel, ¿se puede saber qué ocurre? ¿Me despertaste! —entonó Cristóbal con un carácter amigable intentando quitar hierro al asunto.

—¡Estos entendidos! —exclamó otro sacerdote mientras tiraba una revista al suelo—. Solamente saben criticar y cuestionar.

—Sí, bueno. Pero debemos tranquilizarnos —asintió Abel—. No es la primera vez que esto sucede. Toma, Cristóbal. Lee. —Se agachó para recoger la revista y dársela—. Página veintidós.

Cristóbal tomó la revista que Abel le había dado para que leyese por donde le había indicado. Antes echó un vistazo a la portada: *La verdad de los números*. Se trataba de una revista de divulgación matemática. Tenían una sección donde discutían acerca de creencias religiosas, apoyándose en teorías de números y geometría. En aquel artículo se mencionaban, entre muchas cosas, la disputa que había surgido entre religión y ciencia. Con la revolución que empezaba a tener esta última, se exponía que la religión iba diluyéndose hacia un segundo plano, en los que solo algunos melancólicos, así lo expresaba la revista, seguían realzando el camino y los deberes del Señor. Quizás un último párrafo del artículo era lo que había enfadado tanto a Abel como a los demás sacerdotes.

«Con los números se pueden averiguar multitud de planteamientos: geometría, ecuaciones diferenciales, trigonometría... Desde hace muchísimos años, el hombre se ha sentido atraído por los problemas matemáticos. Esa actitud le ha llevado a estudiar multitud de campos. Uno de ellos es la religión, donde desde hace siglos emergió una lucha entre ciencia y creencia. Son muchas las con-

gregaciones que nacen bajo un lema de fe plena, como es el caso de los Testigos de la Cruz, aquí en la ciudad de Sevilla. Un perfecto escudo de solidaridad que quizás puedan esconder otros intereses. Una llave que abre un cajón de secretos guardados cientos de años. ¿Son los Testigos realmente misioneros de vocación?

Actualmente podemos afirmar, bajo unos estudios minuciosos, que esa lucha no ha sido en vano. La creencia tiene mucho que esconder entre los números.»

Cuando terminó de leer el artículo, sus manos se emblanquecieron como un papelillo de fumar. La revista cayó de nuevo al suelo, mientras que a Cristóbal se le dibujaba el rostro de blanco.

—Y ahora, ¿qué te ocurre, Cristóbal? —preguntó extrañado Abel.

—Adrián... Miralles... —pudo responder entre balbuceos.

—¿Quién? ¿Adrián? —El otro sacerdote cogió la revista del suelo y buscó la página veintidós.

En la esquina inferior derecha de la página aparecían los autores que firmaban el artículo. Se trataba de dos profesores titulares de la Universidad de Sevilla, junto a un estudiante colaborador. Su nombre era Adrián Miralles.



Sevilla, un día después.

Cristóbal aún no salía de su asombro. No podía creer en la casualidad que se le había presentado el día anterior. Cómo un estudiante al que se había encontrado tirado en la calle colaboraba con profesores en estudios que, al parecer, debían hacer temer los valores y creencias de Órdenes como la suya. En el mismo instante en el que vio la firma de Adrián Miralles en aquel artículo, les contó a los hermanos del Consejo lo sucedido horas antes en la calle Sierpes, cuando se encontró con aquel tipo y de la forma en la que lo había hecho.

—¿Y dices que te lo encontraste recostado sobre el escaparate de una joyería? —preguntó Abel, que no daba crédito.

—Sí. Así es. Además se molestó bastante cuando insinué que era un vagabundo —asintió Cristóbal.

—No sé qué puede estar pasando, pero no me da muy buena espina. —En el rostro de Abel se dibujaba cada vez más de incertidumbre.

—Abel, creo que deberíamos hacer lo que hablamos ayer por la noche. Debemos saber qué se traen entre manos aquellos profesores —dijo Nicolás mostrando una seguridad muy propia.

—¿Qué? ¿A qué os referís? —preguntó intrigado Cristóbal.

—Quiero que entiendas una cosa. Si esto lo hacemos, es por el bien de la Orden. Nada más allá. Mañana mismo te matricularás en la Facultad de Matemáticas. Harás una vida normal de

estudiante e intentarás averiguar qué traman esos necios —dijo Abel.

—¿Pretendes que me haga pasar por un estudiante? Creo que la idea es algo descabellada, pero si es vuestra voluntad, estoy dispuesto a hacerlo. —Parecía que Cristóbal se autoconvencía de aquella decisión—. Además, las matemáticas siempre me han gustado.

La conversación terminó mientras los tres desayunaban unas ricas tostadas con aceite y azúcar. A Cristóbal no le hacía mucha gracia cambiar de nuevo de vida, pues empezaba a acostumbrarse a sus quehaceres diarios de ayuda en la calle.

Además, el hecho de que fuese una idea de Nicolás no le terminaba de dar seguridad a aquel plan.

Nicolás era el segundo, la mano derecha de Abel. Era un hombre más joven, fornido, de pelo moreno, al que le gustaba practicar un poco de deporte cuando caía la tarde por el paseo de Colón, junto al río Guadalquivir. Su aspecto dictaba muy lejos del prototipo de sacerdote. A eso se le unía su peculiar forma de ser, pues en ciertos momentos se le escapaban atisbos de prepotencia a los que les seguía un temprano arrepentimiento. Abel confiaba en él desde que lo conoció, de una forma un tanto rocambolesca.

Una noche, hacía ya diez años, cuando Abel descansaba, el sonido de la puerta de la sede lo sorprendió. Cuando fue a ver qué sucedía, se encontró a Nicolás tirado sobre la puerta, con rasguños en la cara, y claros síntomas de haber recibido duros golpes en una gresca callejera. Desde ese día, Abel lo acogió como a un hijo. Nicolás nunca quiso contar la causa que lo llevó a esa situación, pero pronto sus buenas acciones le hicieron ganarse la confianza del fundador de la Orden, pasando en poco tiempo a convertirse en el segundo.

Era mediodía cuando Cristóbal se puso en contacto con un viejo amigo de la escuela para comentarle que iba a matricu-

larse en Matemáticas, y que necesitaba algo de ayuda para ello. No tuvo que responder muchas preguntas de por qué ahora había dado ese giro a su vida, así que se ahorró comprometer a su amigo en aquella misteriosa historia. Cuando Cristóbal se convirtió en estudiante a todos los efectos, quiso ir al día siguiente a casa de sus padres. No sabía si era buena idea. Habían sufrido mucho desde que supieron que se iba a ordenar sacerdote como para cambiarles de un plumazo ese sentimiento que tenían ya asumido. Por eso creyó conveniente ocultarles la finalidad con la que lo hacía.

La mañana siguiente amaneció con unas nubes que no eran muy típicas en Sevilla por aquella época. El rostro de Cristóbal mostraba ciertos gestos de cansancio, como si no hubiera conciliado el sueño durante toda la noche.

—Qué cara llevas. Ni que hubieras dormido con los demonios —bromeó Nicolás, mientras agitaba la cucharilla del café.

—La verdad es que no he descansado muy bien. He tenido un sueño que... bueno da igual —hizo un gesto algo preocupado.

—¡Bueeeno! Ya sé que es eso, chico. Nervios, ¿no? Dentro de una semana empiezas las clases, ja, ja —rió Nicolás que parecía seguir con la broma.

—Déjalo, hombre. Hoy le toca hablar con sus padres, y estará preocupado —dijo Abel.

—Sí, será eso. Bueno, me tengo que ir. Hasta luego, hermanos —añadió Cristóbal, que cogió una magdalena y salió camino de su casa.

Moverse por la ciudad en autobús un domingo no era tan frustrante como un día laborable. El tráfico no era muy agotador, y se hacía ameno viajar en el autobús desde Plaza Nueva hasta la avenida de la Borbolla. En ese rato le dio tiempo a Cristóbal a pensar en la decisión que había tomado y en cómo

se lo tomarían sus padres. Si algo lo tranquilizaba un poco y le daba esperanzas de que lo entendieran, eso eran las matemáticas. A su padre, al igual que a él, le apasionaban los números. Desde muy pequeño, a Cristóbal le ponía acertijos llenos de incógnitas y jugaba a completar sucesiones. Muchas veces había escuchado de su padre la importancia de los números no solo en las finanzas, sino en la investigación, en la estadística, en la vida cotidiana.

Recordaba los muchos papeles de cálculo que amontonaba su padre en una pequeña sala de estar reconvertida a biblioteca. Aunque él era contable en una pequeña asociación de vendedores, los números le distraían más allá de contarlos.

Cristóbal llegó al piso de sorpresa, pues guardaba una llave que su madre le dio antes de que se fuera a vivir a la Antigua Audiencia. La alegría de verle allí fue tremenda. La sonrisa de su madre se agigantó nada más verle entrar por la puerta del salón. Ese júbilo de su llegada pronto se mezcló con la extrañeza de lo que Cristóbal les empezó a contar. No entendieron muy bien por qué de repente cambiaba el hábito de sacerdote por la carpeta de estudiante, pero el carácter apaciguado de ambos hizo que entraran en razón. Quizás es lo que habían querido antes de saber que se iba a ordenar sacerdote.

—Pues sí, papá. Voy a estudiar lo que a ti tanto te gusta —dijo Cristóbal—. Pero estás algo serio.

—Qué va, hijo. Para nada —respondió el padre—. Solo que no sé por qué ahora vienes con esto. Pero bueno, volveré a acostumbrarme, ya verás —dijo, mientras intentaba disimular su gesto de incertidumbre.

—Bueno, pues el lunes veintisiete, Cristóbal Alcalde Gómez comienza su aventura en la Universidad —sentenció Cristóbal con un tono algo guasón.

La semana pasó rápida para Cristóbal. Fue la última en la

Antigua Audiencia. Se mudaba a un piso más cercano, que compartiría con un estudiante que conoció cuando se dispuso a buscar habitación. La última charla con Abel antes de irse le transmitió seguridad y cautela. No iba allí a hacer nada malo, pero desconocía dónde se metía. Por otra parte, Cristóbal no podía evitar sentir un gusanillo dentro de él al pensar en que, durante su estancia allí, haría una vida universitaria como cualquier otro estudiante.

Dónde estamos:



www.nowevolution.net



info@nowevolution.net



[@nowevolution](#) / [@artnowe](#)



facebook.com/nowevolutioned



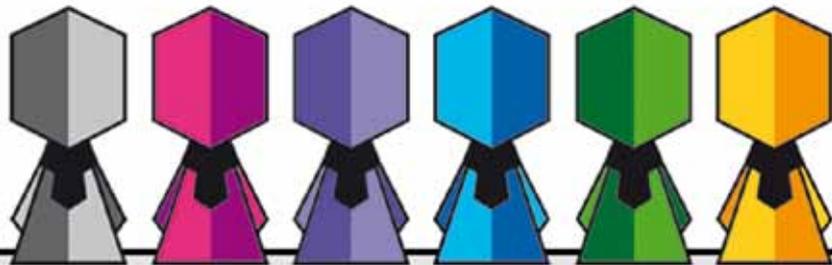
nowevolution.deviantart.com



nowevolution.blogspot.com



es.scribd.com/Nowevolution



.nowevolution.